

bien constituida hembra que se entrega al amor cuando el amor golpea a su puerta con la seña consabida, pero que se mantiene altiva y desdeñosamente casta cuando no es ese golpe el que rompe el silencio sino el de la barata, torpe y sucia concupiscencia.

Que no nos engañen las apariencias, ni mucho menos, el cartel que ha conquistado la autora con sus otros libros. *María Nadie* no es novela pueblerina, ni siquiera novela de costumbres, ni pretende repetir el intento de narrar vidas vulgares dentro del ambiente que les es propio. *María Nadie* vale por ser una gran confesión personal, bellísima, llena de sugerencias, y en la literatura chilena parece abrir la pista a la novela propiamente femenina, a la cual, por la varonilidad de su talento, Marta Brunet hasta hoy parecía poco inclinada.—*Raúl Silva Castro*.



“DIÓGENES Y OTROS ESCRITOS”, de *Justo Arteaga Alemparte*, 1957

De aquilino perfil y cargado ceño, la imagen de Justo Arteaga Alemparte, impresa en la portada de sus escritos reunidos bajo el título *Diógenes...*, da la medida y el temple de un espíritu inquieto y decidido, de una mentalidad activa y superior. ¿Qué voluntad atizó la ocurrencia de traer a la luz de este siglo, esas páginas brillantes y agresivas, incisivas y briosas, inspiradas y encendidas de violencia y de salud moral? No me sobrepongo todavía a la sorpresa.

Coincide la lectura de este libro con un encuentro que me pareció a todas luces significativo. No hace mucho asistí a una reunión de escritores y allí tuve ocasión de admirar la sobria y límpida elocuencia de un hombre que en los comienzos de este siglo colmó la atención de los buenos chilenos con la entereza y la honestidad de su pluma: don Tancredo Pinochet Lebrún. Quien conozca algo de las cosas de Chile sabrá que don Tancredo hizo un culto de la faena periodística. Recuerdo, siendo yo apenas un mu-

chacho, aquellas campañas del diario "La Opinión", en cuyas columnas la pluma de este hombre ejemplar disparaba sin miedo contra la corrupción del Gobierno y de la oligarquía, de la policía venal y de cuanta lacra advertía en la vida pública y privada de la nación. Mi alma de niño vibró con aquella voz incorruptible. En la reunión de que hablo, don Tancredo pronunció algunas palabras para agradecer la mención honrosa que el jurado de un concurso literario le había concedido. Después de felicitar a la institución y al jurado, el veterano periodista explicó las razones que lo habían llevado a concursar y habló de sus escasas vinculaciones con los escritores chilenos y las sociedades que los reúnen. Fundamentó tal actitud en su postura frente a la vida, que desde niño lo empujó a luchar solo y a rechazar cualquiera ayuda de partidos o instituciones. Muchos lo invitaron a ingresar en ellos, pero él consideró siempre que el hombre debe triunfar solo, pues los grupos y sociedades corrompen su voluntad al facilitarle el camino. Habló luego de sus ochenta y tantos años, de sus muchos libros publicados en Chile y el extranjero en incontables reediciones. Nunca se acordó de enviárselos a los críticos y afirmó que vivía del producto de sus libros... Compulsado uno y otro caso, pienso que Justo Arteaga Alemparte no malogró sus dones, pues de seguro no se hallará en Chile en los últimos cincuenta años un temperamento de escritor de combate que se identifique mejor con el autor de *Diógenes*... En ambos, la inspirada ética y el talento expresivo desbordan los manidos cánones de su tiempo y se adueñan de la conciencia colectiva tan necesaria a la salud moral de los pueblos.

Dueño de una pupila psicológica bullente y de una vena descriptiva nada común, Justo Arteaga se mueve en la vida política y bucea en la sociedad de su tiempo para extraer tipos y señalar ambientes con un trazo y un colorido de cronista excepcional, apasionante. La efervescencia electoral, propia de un país que reajustaba sus mandos, encuentra en la pluma de Arteaga el instrumento temible e iluminador, agresivo y generoso, para denunciar ambi-

ciones, artimañas y propósitos protervos, así como alguna rara iniciativa de bien público.

A poco de abandonar el Instituto Nacional, lo atrae la faena periodística, exigida entonces por la ebullición política, polarizada en la oposición liberal-conservadora. Su vocación se manifiesta en forma elocuente, tanto por su estilio brioso y dinámico, como por la mística de honestidad que encendía sus escritos. Esto lo coloca sin tardanza en la línea de los mentores públicos, frente a la pugna política y a la antinomía social de ese medio siglo, cuya autopsia a manos de Arteaga y de otros viene a ser el antecedente de nuestro Chile de hoy y nos permite comprender la proliferación partidista y los sórdidos apetitos de grupos, así como la debilidad interna de nuestras clases media e inferior en oposición a la oligarquía.

Asombraría la rotunda claridad de sus conceptos, su ardor en el examen de hechos y personas, si no naciesen de un espíritu aquilatado como el suyo. Sin duda, su vida y su acción descubridora de entuertos, contribuyeron a un mejor encauzamiento político y social del país, sin que ello significase la extinción, ni mucho menos, de los grandes males que lo aquejan, cuyas causas hay que buscarlas tanto en el lastre racial como en la irresponsabilidad, el proselitismo y la mediocridad de los grupos detentadores del poder público.

Ante estas páginas fulmíneas contra los causantes del desorden y la atonía nacionales en la segunda mitad del siglo XIX, intento ahogar la pregunta que muchos se habrán hecho después de leer este libro: ¿Hemos visto una pluma semejante campear sobre la vida chilena en nuestros días inquietantes y amenazadores?, ¿un periódico que despojándose de la codicia personal o del énfasis partidista o sectario, mire hacia el fondo de nuestro porvenir y fustigue e ilumine para bien de todos? Leamos, a propósito, en *Diógenes*...: "Desde que tengo una pluma en la mano mi ambición constante ha sido llegar a crear un órgano de publicidad enteramente libre de toda existencia de partido o de industria; uno

de esos órganos en que no comprometiese sino mi libertad, mi reposo y mi dinero”... “Todos los partidos tienen hoy sus diarios. Cada diario estima los acontecimientos según el criterio de su partido. ¿No sería tiempo y oportunidad de que hubiere siquiera un periódico que apreciase los acontecimientos según el criterio de un hombre imparcial que no siente odio sistemático contra nadie, ni pasión ciega, ni cariño irreflexivo por nadie?”

Desde sus primeros números, el semanario de Justo Arteaga concentra sus explosivas bocas sobre la gestación política y electoral, donde se oculta el morbo de la pereza y la irresponsabilidad gubernativas y del atraso cultural, social y económico del país. En el número fechado el 14 de marzo de 1871, leemos: “Si el Gobierno y sus funcionarios gastasen en servicio de los intereses del país la mitad del celo que descubren en épocas eleccionarias, seríamos una de las naciones mejor gobernadas. Pero desgraciadamente nuestros conductores no poseen sino el talento electoral; ¡y qué talento! Ya no hay ni incapaces, ni desidiosos, ni reacios. Los funcionarios se transforman en esas horas...” Pasadas las elecciones, viene el disfrute de los vencedores y el desastre de los vencidos. ¿Y el país? No produce más pan, más leche, ni más carne. Pero el proselitismo político y cortesano se hace presente con temible voracidad hasta agotar lo que estaba destinado a todo el país. ¿Quién trabaja entretanto? Los mismos de siempre: el obrero, el peón, por un salario de hambre y terror. En aquellos años se desconocía la protesta, la resistencia al abuso. No existía una sola escuela en el campo...

¿Quiénes formaban en la nueva administración? Los que tenían algo que cobrar o los que sabían insinuarse allegándose “al sol que más calienta”. ¿Eficiencia?, ¿honestidad? ¡Bah! Veamos unas líneas de estas inolvidables “cartas de Diógenes”: “No hay otro país en que las mediocridades sean más festejadas ni sean más afortunadas. Estamos en la patria de la mediocridad”... “Las monarquías han fabricado las casas reales. Nosotros hemos creado una casta real: la casta de los mediocres. Todo lo invade: ministerios, asambleas...” “Los unos la levantan porque no hace sombra; los

otros la protegen porque encuentran en su fila una perfecta docilidad. Es una casta que piensa siempre con los más numerosos y los más fuertes”.

Su mirada penetra sin miedo el tono y la condición de la vida nacional, en las instituciones, en el Gobierno, en todas partes. “La democracia —escribe con la frente erguida— es la consagración de la personalidad individual. Para que una democracia progrese, se engrandezca, es necesario que el ciudadano sienta la altivez de su derecho, el pueblo el poder de su voluntad... Entre nosotros se gasta un ingenio infinito para suprimir tales sentimientos. Se les declara peligrosos, molestos y hasta de mal tono. Un hombre a quien irrita la arbitrariedad... no tarda en ser sospechado de ambicioso y de mala cabeza”... Es natural y lógico. Los detentadores de un poder logrado a costa de tantos sacrificios y tantos pesos fuertes no podrían aceptar a hombres de iniciativa propia cuando sólo se trata de manejar la hacienda del Estado con un solo fin. Arteaga insiste en este análisis cualitativo y en otra de sus “cartas” fija su linterna sobre esta plaga que parece endémica en la democracia chilena: la mediocridad... “¿Se acerca al poderoso? —escribe—. El poderoso la recibe con los brazos abiertos. No hay camarada más delicioso. Si la mediocridad no existiera, ¿qué sería de él? Tendría que rodearse de hombres peligrosos, de rivales a quienes vigilar, para que no se convirtieran en sus amos. La mediocridad le excusa ese trabajo... Es dócil, amable, discreta... Va donde se la manda”.

A ratos, este Diógenes criollo toma un respiro entre dos descargas de su artillería destinada a la política y a la rémora administrativa. Entra en la vida social y se pregunta: “¿Existe el salón entre nosotros?” El mismo da la respuesta: “Hemos pedido a la Francia cuanto es posible comprar ahí e importar de ahí. Los escudos de nuestra opulencia y los escudos de nuestra vanidad —indudablemente la más gran disipadora conocida— están a las órdenes de sus sastres, sus modistas, sus carroceros, sus ebanistas, sus zapateros, sus cocineros, sus mercaderes de novedades. Todavía

hemos importado de allí la indiferencia, el hastío, el desdén, la superficialidad del bulevardero, de la gran dama o de la cortesana. Sus debilidades, sus caprichos, sus extravagancias, sus ridículos, sus vicios forman nuestra alegría, nuestro encanto, nuestro orgullo. Pero en el entretanto, hay allí algo que vale más que todo y que no hemos podido importar: el ingenio... Ahora bien: sin ingenio no hay conversación y no hay salón sin conversación”.

*Diógenes* penetra en todo lo humano y viviente de aquella época oscura y ávida y, como se puede observar, sus aciertos valen íntegramente para nuestro siglo igualmente superficial y voraz. ¿Qué atrae el interés común en nuestros salones “resellados”? Nada, pues a medida que corren los minutos, la concurrencia se parcela y mientras las damas se entregan al cuchicheo escaldante o se preparan para las próximas reuniones, los hombres hablan “de política, de movimientos de valores, de situación comercial, de perspectivas agrícolas, de una multitud de cosas desagradables para quien va buscando solaz para el espíritu”.

Cada vez que *Diógenes* aplica su linterna sobre el “sexo bello”, no retrocede. Refiriéndose a la capital influencia de la mujer en la vida social, dice: “Cuando las mujeres intervienen, la cosa no se hace más divertida”... “No se escuchan sino charlas vulgares sobre el tiempo y sobre las modas...”

Auscultando en la inquietud y el malestar que se observa en la vida chilena por aquellos años, advierte que el pueblo —obrero o empleado— sufre muchas necesidades, come mal, vive mal. Observando esto, *Diógenes* dedica una de sus cartas más enjundiosas y zahorías a “su majestad el vientre”: “El vientre es un peso formidable”, ha dicho Víctor Hugo. Nada más cierto. Se le combate, se le silba, se le desdeña, se le reniega, y no por eso su imperio se amengua o decae. Da tremendos golpes de mano. Puede cuanto quiere”. Dirigiéndose al hombre de letras, yergue su pluma para desnudarlo: “¿Tienes qué comer? Pues entonces sabrás producir a tus horas. No te darás prisa para pensar, ni prisa para concebir, ni prisa para producir. Llegarás a la celebridad... ¿Tienes ham-

bre? Entonces todo cambia. Arrojarás al impulso de las exigencias de tu vientre, inteligencia, corazón, vida..." "Venderás tu pluma buena o mediocre a cualquier patrón, llámese Gobierno, oposición o simple comercio o industria..." La moral y la limpieza no cuentan. Diógenes blande, en seguida, estas líneas conminatorias: "No existe posibilidad de bien sino en el equilibrio de los vientres: ni hambrientos ni hartos. El hombre que come demasiado es servil".

No escapa, tampoco, a su pupila severa el problema de la libertad de conciencia y de culto, tema que cobra tanta o mayor odiosidad y candencia en el mundo de hoy. El examen lo motiva la opinión intransigente de cierto personaje a propósito de un suceso político-religioso. Afirma Arteaga en el artículo titulado "El Estado lógico": "El Estado sin religión no es la sociedad sin Dios; es la igualdad de todos los creyentes ante la ley. Es tener una triste idea de la libertad religiosa esto de temer que se debilite, se eclipse o perezca, si no está bajo el amparo de la espada o de la bolsa del César..."

Y a modo de sabroso corolario, encontramos cerca de los capítulos finales un breve y sabroso diccionario de irradiación humana, social y política, medida del tiempo vivido y proyección sobre el mañana, nuestro presente y nuestro futuro. Merece entregarse al lector en pepitas escogidas al azar, que bien sabrán al paladar criollo en este siglo XX, en el cual tipos y sucesos de ayer cobran insospechada vivencia. Aquí están algunas: "alianza — abrazarse hoy para arañarse mañana; amistad — algo que todos están dispuestos a recibir y muy pocos a dar; animal — la especie en mayoría; crítico — un caballero que da consejos sin que se los pidan; demagogo — el precursor de las dictaduras; derecho — el privilegio de los fuertes; gobierno — una invención de los cobardes, explotada por los audaces; un hombre de Estado — un hombre por encontrar; ladrón — un industrial molesto; ministro — un ilustre incapaz que recibe una gruesa renta; mujer — el más hermoso de los ángeles o el demonio más angelical; talento — un medio de tener bastantes enemigos; usurero — ladrón privilegiado, etc.

Termina el denso volumen con las semblanzas, movidas y certeras, de tres hombres representativos en su tiempo: Benjamín Vicuña Mackenna, Miguel Luis Amunátegui y Aníbal Pinto.

*Diógenes...*, encendido buceador de hombres y de esperanzas, merece la atención de los chilenos de hoy y de mañana. A ellos parece estar destinado.—L. Y.



“RELATOS HUMORÍSTICOS CHILENOS”, de *Abelardo Clariana*. Editorial Zig-Zag, 1957

El humorismo tiene una definición difícil. Alcanzadas sus primeras estribaciones, vuelven a extenderse sus dilatados confines. Ahora bien, existe el consenso de admitir que el auténtico humorismo es de fina curva sensitiva. La carga excesiva está hecha para los espíritus triviales, es decir, para quienes son incapaces de vibrar con una sobriedad sugestiva.

Sin duda, el concepto de humor es distinto para cada pueblo, está condicionado por las posturas y estilos de vida. De ahí que sus elementos estéticos sean variables. El triunfo del artista se vincula a esta selección adecuada de valores, forzosamente supeditados al lenguaje, a las inflexiones de la expresión oral de los pueblos y de los grupos raciales.

No andan equivocados quienes han dicho que el humorismo es la captación de lo sublime, pero al revés, posiblemente una especie de risa filosófica cuajada de trascendencias, una idea que aniquila, una visión telescópica del mundo, pero invirtiendo las funciones de objetivo y ocular.

El examen de los aspectos del humorismo nos haría transitar por las zonas de la filosofía y de la historia, del vivir humilde y del humanismo esencial. Y como resultado se nos daría la imagen virtual de algunos pueblos, de algunas capas sociales que son humoristas por el mandato e imperio de las circunstancias. Quizás ve-